

# La fe en la ficción (crítica novelística)

Dos libros recientes de pensamiento, *Mentira romántica y verdad novelesca* de René Girard (Anagrama, Barcelona, 1985), y *Libro de convocaciones. I: Cervantes, Dostoievski, Nietzsche, A. Machado* de José Echeverría (Anthropos, Barcelona, 1986), en cierto modo homologables por seguir pautas de referencias similares, si bien su trayectoria y conclusiones son distintas, acreditan fehacientemente que en torno a los comportamientos y psicología de los personajes de ficción, novelescos, se pueden construir teorías y especular con fines aptos al mejor entendimiento de la relación profunda entre los seres humanos y, al mismo tiempo, la reiterada incidencia en las obras culminadas de Cervantes, Proust, Flaubert, Dostoievski, viene a demostrar que las reconocidas como obras maestras lo son más por las sugerencias que brindan a la crítica contemporánea que por los convenidos tácitos del anaquel histórico.

El libro de Girard, escrito hace veinticinco años y traducido ahora al español, es compacto, de una pieza, increíblemente familiarizado con la intimidad de los personajes novelescos, y persigue con cierta exhaustividad y comparativamente a tenor de numerosos ejemplos entre los que destacan el *Quijote*, *En busca del tiempo perdido*, *Rojo y Negro*, *Endemoniados*, otras muchas citas complementarias, demostrar cómo en Cervantes, Stendhal, Dostoievski, Flaubert, Proust se repite básicamente el esquema del «triángulo», que en la terminología de Girard viene dado por el sujeto, el objeto y el «mediador del deseo», el *otro*, es decir, la manifestación del deseo (deseo de alguna cosa, proyección de un ideal, deseo de ser) «según el Otro que se opone al deseo según Uno Mismo» y esto se relaciona con mecanismos miméticos y con los modelos que cada personaje se otorga a sí mismo libremente, ya se trate de la inspiración del caballero andante Amadís de Gaula en el caso de don Quijote, de la heroínas románticas con referencia a Emma Bovary, de la vanidad de Julián Sorel o del compuesto amor-celos en los personajes de Proust.

Son muchas las consecuencias interesantes que Girard extrae del esquema triangular, y la primera y más unificadora, pese a los diversos matices de ambientación y épocas, es haber proseguido ese hilo o esa infraestructura a través de una larga serie de obras manifiestamente maestras cuya fidelidad al planteamiento del *mediador* del deseo, en la lectura de Girard, es tan fiel y evidente que tal parece que se inspiran unas en otras o que es condición *sine qua non* de las grandes formulaciones novelescas.

En la controversia de la mediación, que Girard maneja como una insustituible ganzáa, se debaten prácticamente todos los sentimientos y todas las situaciones, desde el amor y la escalada social y la voluntad de poder a la simultaneidad de los contra-

rios, representada ésta última, por ejemplo, en el odio secreto de los personajes a sí mismos con base en la admiración no asumida pero efectiva que inspira el mediador o el cúmulo de aspiraciones representadas en el mediador: «Sólo el ser que nos impide satisfacer un deseo que él mismo nos ha sugerido es realmente objeto de odio». Dentro de la gama de celos, ambiciones, rivalidad, resentimiento, envidia, imitación en que se sustenta el problema, bien estudiado por Max Scheler (*El hombre del resentimiento*), sólo los novelistas, a juicio de Girard, «revelan la naturaleza imitativa del deseo».

El término *romántico* es aquí aplicado a las obras que reflejan la presencia del mediador sin revelarla jamás y el término *novelesco* a las que revelan dicha presencia. Sobre éstas últimas insisten las presentes páginas, que distinguen entre la *mediación externa* y la *mediación interna*, según las esferas de posibilidades tengan o no contacto entre sí. la presencia de las dos mediaciones en el seno de una misma obra confirma la unidad de la literatura novelesca. «Y la unidad de esta literatura confirma, a su vez —añade Girard—, la de *Don Quijote*», cuyo autor está considerado aquí como el «padre de la novela moderna». «En Cervantes están contenidas en germen todas las ideas de la novela occidental». Y la siguiente afirmación de Girard es digna de ser transcrita por su valor esclarecedor: «Y la idea de las ideas, la idea cuyo papel central aparece confirmado a cada instante, la idea-madre, a partir de la cual se puede recuperar todo, es el deseo triangular que servirá de base a la teoría de la novela *novelesca*» (p. 52). Todo lo que sigue en Girard son variantes, distintos matices y profundizaciones de la misma idea, desarrollada en este estilo peculiar de *declaración irrefutable* con tufillo dogmático e indudablemente sutil que caracteriza el ensayismo francés, un estilo que incluso se refleja en la traducción, debida a Joaquín Jordá. Pero no hay que confiarse demasiado, pese a la precisión del cúmulo teórico y hasta «científico»: la óptica de Girard, la lectura efectuada, por la amplitud entre los personajes excelsos (don Quijote) y los habitantes del submundo dostoiévskiano, a la envidia social y psicológica, a la obsesión del ridículo, al disimulo del deseo, no sólo se ponen de manifiesto a través del patrón de conocimiento utilizado, la llave del triángulo y la mediación, sino que de todas formas nutrirían cualquier otro enfoque, cualesquiera otras perspectivas, a condición, naturalmente, de que éstas gozaran la misma lucidez y riqueza asociativa que le confiere Girard a su método que, en otro orden, también comporta la impugnación de la crítica romántica, según se desprende ya del mismo título del libro, y se puede entender por «crítica romántica» la que no atiende otras razones que la exaltación del heroísmo, la quimera y la individualidad, con lo cual se equivoca de medio a medio al juzgar las razones profundas de los finales de estas obras señaladas por la genialidad.

«La verdad del deseo —dice Girard— es la muerte, pero la muerte no es la verdad de la obra novelesca» (debo decir aquí de pasada que el traductor pone las comas según un criterio personal que no es precisamente el más ortodoxo). La mayoría o todos los personajes de las novelas estudiadas —y llegamos a parte de las conclusio-

nes de Girard—, don Quijote, Stepan Trofimovich, Raskolnikov, Julien Sorel, el narrador de *El tiempo recobrado*, la exclamación célebre de Flaubert, pronuncian palabras que contradicen claramente sus antiguas ideas, llegan a una *conversión en la muerte*, renuncian a su ideal quimérico y recuperan la lucidez, y esto Girard lo demuestra en lucha contra la opinión general de la crítica romántica y de las disculpas de los propios creadores, temerosos de aceptar esa «quiebra» en sus personajes pero obligados a consignarla por imperativos de la creatividad profunda, como si dijéramos, casi a pesar de ellos mismos y enajenándose las corrientes del gusto.

En la terminología de Girard, ahí residen la «mentira romántica» y la «verdad novelesca», en el sostenimiento de la quimera por un lado y en la conversión a la realidad *real* por otro.

La conversión más notoria es la de Don Quijote, que aquí se cita como paradigma: «Yo soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje... ya, por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino». Girard reivindica estos finales de novela generalmente considerados artificiales o condicionados por razones políticas y pragmáticas y los relaciona con el simbolismo cristiano, «el único capaz de informar la experiencia novelesca». Determinadas nociones de misticismo cristiano y ansias aproximadamente resurreccionales, así como una repetida sentencia de san Juan («Si la semilla no muere después de haber sido sembrada quedará, sola pero, si muere, aportará muchos frutos») (*sic*), son los datos que maneja René Girard (Avignon, 1923, avecindado universitariamente en Estados Unidos desde 1947) para culminar su original análisis analógico de las grandes obras de la novelística universal, libro crítico preñado de sugerencias, nuevas asociaciones y que de alguna manera se compenetra con un vasto y ambiguo movimiento generado en las sociedades postindustriales y que incluye en su concepción del mundo rasgos de un cierto renacer religioso que *asume* e intenta superar la mayoría de los establecimientos racionales y lógicos, aunque las trochas que recorre este «movimiento» son absolutamente complicadas y dignas de mejor estudio. Sirva esta nota de mero reconocimiento hipotético.

De «prolegómenos a un empirismo *trascendental*» subtitula el filósofo chileno José Echevarría, educado en París y profesor veterano en Puerto Rico, el tratado (en preparación) que habrá de aclarar el propósito definitivo de sus *Convocaciones*, de las que ahora emite el primer volumen, entendidas como variantes de un tema único que el autor prefiere no explicitar por el momento o dejar al lector la posibilidad de descubrirlo por sí solo, pero que en definitiva, viniendo a la realidad de lo que hay, se componen de tres ensayos escoltados por numerosos apéndices y notas, todo lo cual indica mucha reelaboración y acopios en tiempos distintos.

La aproximación de Echevarría al *Quijote*, inspirada en la recensión con aportes originales de un libro de Marthe Robert, *L'ancien et le nouveau: de Don Quichotte à Kafka* (París, 1963), se orienta por entender el desvarío del hidalgo por el desvarío del hombre y la vida, ese afán de «desrealizar lo que es en favor de lo que pudiera ser» e instituir otro orden. El desengaño mostrará la insania. El *Quijote* es la historia

del fracaso de las ilusiones de Cervantes trascendidas a constante que enriquece nuestra vida.

Tras la investigación de Girard, Marthe Robert puede erigirse en ejemplo de crítica «romántica» (irracionalista en el vocabulario de Echeverría) que impugna la muerte de don Quijote. Echeverría a su vez desestima la interpretación de M. Robert y coincide en términos generales con las resoluciones de Girard, aunque sn la misma certidumbre de éste.

A Echeverría le resulta válida la imagen del espejo para simbolizar el significado del *Quijote*: «Al escribir Stendhal en *Rojo y negro* que la novela es un espejo que se pasea por un camino (más exactamente Stendhal encabezó uno de sus capítulos con esta célebre frase debida a Saint Real: el breve equívoco se ve que ha tomado cuerpo), nos invita a agregar que el espejo nos ofrece la imagen del camino y del caminar por él. Este camino es el nuestro, es nuestra vida». Comprender al fin que la ventana por la que mirábamos es un espejo y el loco que en ella gesticula nuestro doble, nutre el corolario de Echeverría, cuyo sentido de la crítica literaria es hacer cada vez más significativa la obra examinada de acuerdo con su propia estructura y sugerencias, y es verdad que a través de esta fe en la ficción novelesca se enriquece nuestro conocimiento de las relaciones humanas.

Son debatidas por Echeverría las influencias de Dostoievski en el anhelo de Nietzsche relativo a una «religiosidad terrestre» y matices sobre el mito del eterno retorno, páginas que se yerguen tensas y plenas de sugerencias, vivificadas por la presunta alma «piadosa» del dualizado y genial filósofo alemán y que introducen —a cuenta de las divergencias teoría-vida práctica— la hipótesis de que acaso el rapto de locura turinesa de Nietzsche simbolice la gran síntesis de Dionysos y Cristo, la exuberancia vital de uno y el imperativo de fraternidad de otro.

En una interesante y bien documentada parábola, insertada a modo de apéndice (la prodigalidad de los apéndices le confiere al libro de Echeverría un sello de fragmentarismo y acarreo nada oportuno), Marx retorna en carne y hueso y reaparece en el ámbito del «socialismo real», la URSS, donde es detenido y sufre el interrogatorio y la dialéctica «paternalista» de un comisario político. No cabe duda que el diálogo entre Marx, sus teorías primigenias, y la imagen práctica del comunismo «marxista-leninista» desarrollado en la Unión Soviética de hoy genera subido interés, por cuanto las resoluciones son similares a las de la fuente de inspiración: la parábola del Gran Inquisidor de *Los hermanos Karamazov*, es decir, que el Gran Comisario conmina a Marx a callarse y a deponer las armas de los «idealismos» y de los furores perfeccionistas y profundos, porque la humanidad en el fondo es tan miserable e inerte que no desea ni la libertad ni la responsabilidad de ser ella misma, lo cual aproximadamente es homologable a las palabras del Gran Inquisidor destinadas a Cristo en la obra de Dostoievski.

Por fin, a través de incontables pasadizos, lecturas sistemáticas, planteamientos sustanciales, retoques, notas, donde hay distancias y ahondamientos y algo de obsesión, desembocamos en el pensamiento filosófico de Antonio Machado que, ensi-